

Magallanes, Tierra de Silencios

Lo prístino de un territorio no lo constituye solamente un paisaje natural sin intervención humana. Es más que eso. Es la inmaculada presencia de todo lo que nos rodea y que captamos por nuestros sentidos de manera absoluta.

Pararse en cualquier punto de nuestro territorio, eliminando los ruidos que los motores de vehículos, radios o celulares producen, es una experiencia fantástica. Concentrar el oído y percibir el roce del pasto o los árboles movidos por el viento, el graznido de algún ave, o el suave golpe de las olas en las rocas de la costa es algo que podemos disfrutar por horas en nuestro espacio. Siempre podremos encontrar en Patagonia un lugar donde disfrutar el silencio. No sólo provoca placer, sino que conlleva a un estado tal de encuentro personal y de nuestra vinculación con el mundo como en ninguna parte más se puede lograr. Pero la búsqueda del silencio pareciera haber quedado en el pasado y hoy hay que acallarlo con toda clase de ruidos, quizás para no percibir nuestra soledad.

Nuestros pueblos originarios tenían muy desarrollados el sentido del oído y podían oír el canto de una ballena a muchos kilómetros de distancia o de un pájaro que pudiera indicarle comida o peligro cercano. Los veleros percibían los cambios en la orientación de los vientos y aseguraban su navegar. Los pastores detectaban la fractura de una rama para alentar a sus perros ante el ataque del puma.

No hay parte en el mundo que hoy no padezca del rompimiento de la quietud del silencio. Desde el sonido de la alarma del despertador, noticias matutinas, motores de vehículos, el gruñido o enojos por la calma o inexperiencia de un vecino en su desplazamiento, acompañado por la música estridente de un iPod o de un madrugador auto tuning, nos lleva a una realidad insufrible. Y eso que estamos en Magallanes. En otras latitudes el ruido estelar de miles de aviones cruzando los aires impide dar un segundo de paz. En estos tiempos, a pesar de lo esporádico, las explosiones militares y mineras rompen nuestra paz y nuestro silencio.

Por ello cuando llega un viajero del mundo disfruta tanto aquello que nosotros no percibimos o valoramos y que se refleja en esta reflexión: *"Uno de los momentos que más disfrutamos es "el minuto de silencio". Un minuto que permite meditar dejando de lado cámaras fotográficas, y donde sólo nos concentramos en empaparnos con los diferentes sonidos que esta vasta Patagonia puede ofrecer, ya sea el soplido del viento, la lluvia que cae, o los distintos tipos de ave que nos deleitan con su canto. Hace un par de días, desde el mirador de Bahía Wulaia, en ese minuto, una miembro de mi grupo, espontáneamente entonó "o Sole mío" ante unos 40 turistas. Y a pesar de que, en un comienzo descolocó a todos, nos dimos cuenta que esa expresión sólo resaltaba lo mágico de aquel momento, donde se mezclaba en perfecta armonía el viento patagónico con esta canción, coronado además con el sol que se escondía tras los altos picos de la Isla Hoste".* (J.I. Solís M., expedicionario del Vía Australis).-